

# LECTURA CON OJOS DE MUJER

Martha Boiocch - Haití.

## EL GRUPO DE MUJERES

La hermenéutica histórico – imaginativa interna narra los hechos evangélicos desde la recuperación de hombres y mujeres históricos, que muchas veces pasan desapercibidos en medio de las páginas bíblicas. No es fantasía. Se trata de utilizar con rigor los datos históricos o teológicos conocidos, ubicarlos en su realidad social, política económica, religiosa, cultural geográfica, como podemos conocerla hoy. No se trata de inventar sino de reconstruir. De este modo se procura recuperar la teología narrativa como vehículo de evangelización y de espiritualidad bíblica.

Se propone y reconoce la imaginación histórica como una mediación importante en la relectura de los textos bíblicos. La imaginación nos ayuda a leer lo implícito... nos permite leer los textos como si estuviéramos ahí presentes en la escena.

El trabajo de exégesis previo es imprescindible aunque no se explicita luego en la narración imaginada. (Francisco Reyes Archilla, "Imaginación y exégesis", RIBLA 28).

Susana, la discípula que seguía a Jesús (Lc 8, 2 – 3)

Me llamo Susana. Nací en la pequeña villa de Magdala, cerca del lago de Genezaret.



S  
o y  
amiga de  
María con  
quien hemos sido compañeras de infancia  
y juventud. Cuando éramos chiquillas  
jugábamos en la plaza con los amigos  
y amigas del barrio. Nos dividíamos en dos  
grupos. Cuando un grupo cantaba cantos  
de bodas, el otro debía bailar; si se canta-  
ba cantos de entierros, debíamos llorar...  
nos divertíamos muchísimo. María lidera-  
ba el grupo de las chicas. Tenía un carácter  
fuerte, era muy inteligente y vivaz. Mi  
madre solía decir que esa chica iba a tener  
problemas cuando se casara porque era  
muy independiente y cuestionaba cosas  
que para nosotras, las jovencitas judías,  
eran incuestionables. Juntas  
íbamos a buscar agua a la  
fuente, juntas hablábamos de

nuestro futuro, de la familia que formaríamos... Recuerdo el día que una de nuestras amigas perdió una de las diez monedas que necesitábamos para su dote de casamiento. La buscó por toda la casa hasta que la encontró. Entonces nos llamó e hicimos una fiesta para compartir su alegría. Que hermosa amistad nos unía a todas...

Pero un día María abandonó la villa de Magdala. Se fue siguiendo a un profeta que había salido de Nazaret y anunciaba algo de un Reinado de Dios que estaba muy próximo. Cuanto sufrí cuando ella se fue. ¡Cómo la criticaron en nuestro pueblo! Le decían de todo... Pero ella estaba como encantada y no hubo Dios que la hiciera regresar... Por un tiempo dejé de verla, aunque tenía noticias de ella por la gente que iba y venía comprando y vendiendo, en las cosechas de aceituna o trigo.

Un día nos invitaron a una boda en Caná de Galilea. Se casaban Isabel y Cleofás, amigos nuestros de toda la vida. Allí estaba Jesús, su madre María, sus discípulos varones y sus discípulas mujeres. Entre ellas estaba María, mi amiga de Magdala. Me pareció que Jesús tenía una cierta predilección por mi amiga y la trataba con muchísima ternura. María tenía una mirada, una alegría nueva. Nos abrazamos y charlamos muchísimo. Me contó cosas increíbles: que formaba parte de una comunidad de varones y mujeres; que compartían los bienes; que seguían al maestro Jesús y lo acompañaban mientras él iba anunciando el Reino de Dios. Que había muchas cosas que no entendían, pero que cuando estaban a solas con él, se lo explicaba todo con detalles...

Todo me resultaba tremendamente extraño.

Ningún fariseo, y mi padre lo era, aceptaba mujeres como discípulas, y menos "mujeres impuras"... (Bueno, ellos decían impuras...) porque mi amiga había estado enferma y ahora estaba completamente sana. Me asustaba eso del Reino de Dios. Se estaban metiendo en política. Eso era provocar a los romanos y a los jefes de nuestro pueblo.

María decía que Jesús perdonaba los pecados sin tener que ir al Templo de Jerusalén para hacer las ofrendas que manda la Ley. Que curó a un leproso tocándolo con sus manos y que luego no fue a purificarse como nos mandó Moisés. Decía que la comunidad llamaban a Dios "Abba"...

Eso me resultaba tan irreverente... Mi padre, jefe de la sinagoga de Magdala, jamás nos hubiera permitido rezar así.

De pronto algo pasó en la fiesta que no entendí muy bien, tan impactada estaba con los relatos de María... Los sirvientes volvieron a llenar los cántaros de piedra para las abluciones rituales y el baile recomenzó con más entusiasmo. Isabel y Cleofás estaban radiantes... En medio de la algarabía le pedí a María que me presentara a Jesús. María me llevó de la mano hasta él... Jesús me miró, me sonrió, me llamó por mi nombre.... cuando volvimos a Magdala le conté a mi madre todo lo que había hablado con María y que quería irme con ella... Mi madre se lo dijo a mi padre que se enfureció. Me castigó. Me prohibió salir de casa... pero todo fue inútil. A pesar del dolor de mi madre, del enojo de mi padre, de los insultos de mis hermanos varones, un día que Jesús y su comunidad pasaron cerca de Magdala, yo también lo dejé todo y lo seguí.

